

# La cultura como campo social

Héctor Padilla\*

De acuerdo con un texto publicado por Eduardo Nivón sobre políticas culturales, el análisis de éstas debe estar precedido por una serie de consideraciones sobre la noción de *cultura* como objeto de política pública.<sup>1</sup> Debe tenerse en cuenta, según el autor, que dicho concepto es complejo y posee una gran cantidad de acepciones y definiciones que van desde las elaboradas por los especialistas, hasta las de uso cotidiano —en donde se añade y



antepone el término *cultura* a toda práctica social más o menos visible o reconocida por la sociedad. Según este segundo uso o idea generalizadora del término, cada práctica se puede definir como una cultura particular. En los medios de comunicación masiva se pueden leer y escuchar expresiones tales como “la cultura de la corrupción” y “la cultura de la calidad”, entre otras. Expresiones que la más de las veces no sólo denotan prácticas extendidas en grupos sociales amplios, sino que contienen valoraciones subyacentes.

Esta noción generalizadora o amplia de la cultura no está divorciada del todo con algunas definiciones elaboradas en el campo de las ciencias sociales, un ámbito donde se ha alcanzado un consenso básico y general respecto a definir a la cultura de un modo multifacético. En general, cultura alude a: procesos de adaptación, redes de significaciones, totalidad de las instituciones sociales y dispositivos permanentes que orientan

la conducta. Terry Eagleton, un destacado estudioso de la cultura, en su libro *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*,<sup>2</sup> inicia con el planteamiento de que el término *cultura* es una de las dos o tres palabras más complicadas y problemáticas para definir, aunque menos que el término *naturaleza*, vocablo muchas veces tomado como su opuesto pero con el cual guarda una estrecha relación. Dice el autor:

...Pese a que hoy día se ha puesto de moda ver la naturaleza como un derivado de cultura, la cultura, etimológicamente hablando, es un concepto derivado de naturaleza. Uno de los significados originales es “producción”, o sea control del desarrollo natura “[...] Francis Bacon habló del “cultivo y abono de los espíritus”... [y en Shakespeare] la cultura se representa como el instrumento de una constante recreación de la naturaleza.”<sup>3</sup>

Debido a la amplitud que reviste el término cultura, este ha sido un concepto frecuentemente incorporado en el discurso político sobre la formación de políticas tendientes a afirmar las llamadas “identidades nacionales”; en especial, tiene una gran vigencia dentro del estudio sociológico y debate políticos sobre las implicaciones culturales de los procesos de apertura económica y de las transformaciones tecnológicas atribuibles al fenómeno de la globalización. Desde posturas de izquierda y derecha, por ejemplo, Alan Touraine y Samuel Huntington, refieren los conflictos culturales como uno de los problemas clave en la actualidad. Específicamente, en uno de sus textos más leídos, Touraine dedica un apartado a analizar la problemática que supone la conformación de la sociedad multicultural para la democracia. Propone que:

...en un mundo atravesado por intercambios culturales intensos, no hay democracia sin reconocimiento de la diversidad entre las culturas y las relaciones de dominación que existen entre ellas. Estos dos elementos son

igualmente importantes. Hay que reconocer la diversidad de las culturas, pero también la existencia de una dominación cultural.<sup>4</sup>

Más adelante, acuña el término de *democracia cultural*, para aludir al hecho de que en una sociedad multicultural *la idea democrática* consiste en el “reconocimiento de la pluralidad de intereses, opiniones y valores”, y por consiguiente en “que la mayor cantidad posible de culturas hagan uso de las técnicas y los medios de comunicación”.<sup>5</sup>

Tal concepción amplia de la cultura también está presente en Néstor García Canclini —aunque su análisis tiende hacia una concepción más restringida del significado de cultura. Sus trabajos sobre las industrias culturales justamente suponen la existencia de un vínculo entre la *cultura*, como una esfera referida a los valores estéticos —como la llama Eagleton— y la *cultura* como formas particulares de vida.

En *Ciudadanos y consumidores*, Canclini reflexiona acerca de las necesidades culturales de las grandes ciudades. En ellas, propone, se requieren políticas multisectoriales en función de territorios urbanos, estratos económicos, educativos y generacionales. En suma, atendiendo la compleja heterogeneidad de aquello que suele simplificarse como *lo público*. Además, aclara que las políticas públicas más democráticas y populares “no son necesariamente las que ofrecen espectáculos y mensajes que llegan a la mayoría, sino las que toman en cuenta la variedad de necesidades y demandas de la población”.<sup>6</sup>

Pero, ¿de qué necesidades y demandas de la población se está hablando?, ¿qué instancias gubernamentales, privadas o sociales tendrían como misión satisfacerlas? Evidentemente una concepción de la cultura en un sentido amplio, aunque deba tenerse en cuenta como marco general, no ayuda mucho a responder estas preguntas. Esto es así, porque dicha concepción no permite situar la *cultura* como el objeto o campo específico de la acción política, entendida ésta como la relación gobierno-sociedad en torno de la satisfacción de demandas sociales.

Para responder a nuestras interrogantes, y acercar la noción de cultura al campo de la acción y de la política pública, es necesario introducir dos supuestos previos: retomando a Nivón, se debe definir explícitamente a la *cultura* en un sentido restringido, ya sea como objeto o como relación

social específica diferente de otras relaciones. Esto debe ser de modo tal que haga posible suponer la existencia de un *campo cultural*, entendido como

...determinadas manifestaciones sociales elevadas y ligadas al ocio, al placer y al perfeccionamiento personal. El campo cultural mantiene fronteras imprecisas con lo académico y lo científico, se diferencia claramente de lo educativo por su carácter no estructurado y libre.<sup>7</sup>

También, dice Nivón, es preciso definir la política cultural como “una modalidad de política pública que requiere de la construcción de un conjunto de categorías evaluables, tales como objetivos, estrategias y resultados” (*idem*). En consecuencia, abunda el autor:

...la cultura sujeta a políticas culturales no es en realidad toda la cultura, sino el segmento que se refiere a la dimensión macrosocial y pública de la misma y a los procesos institucionales a través de los cuales la cultura es elaborada, transmitida y consumida de manera relativamente especializada...“el otro sector de la cultura —el que podríamos llamar microscópico o cotidiano—, difícilmente puede ser objeto de una política cultural” (*idem*).<sup>8</sup>

Tal delimitación de la cultura como *campo*, se apoya en la propuesta teórico-metodológica aportada por Pierre Bourdieu<sup>9</sup> sobre la descomposición de la totalidad social en *campos* específicos; por ejemplo: cultura, economía y política. Bourdieu entiende los *campos* como *espacios relacionales* donde los actores disputan un determinado capital simbólico (reconocimiento, prestigio, capacidad de influencia y liderazgo) con base en reglas establecidas, habilidades profesionales y dispositivos psicológicos específicos (*hábitus*). Para este sociólogo francés, al igual que en otros aspectos sociales, puede hablarse de un *campo de la cultura* en donde coexisten agentes e instituciones que compiten por capitales simbólicos que los hacen enfrentarse entre sí, pero que al mismo tiempo los mantiene unidos, ocupando un mismo espacio social e identificándose con él. Los protagonistas del campo cultural, como en los otros campos, se dividen en retadores y dominantes, y se reconocen según las estrategias de confrontación que despliegan dentro del campo. Los retadores llevan a cabo estrategias tendientes a la subver-

sión del orden (reglas y valores predominantes) dentro del campo, mientras los dominantes, ejercen estrategias para su conservación. Estrategias que pueden observarse en las prácticas socioprofesionales y discursos de los actores.

De este modo, podemos percatarnos de que la concepción restringida de la cultura, al derivar hacia el análisis del *campo cultural*, permite identificar, en tanto referentes empíricos, a actores sociales y gubernamentales —instituciones públicas y privadas—, y recursos y acciones políticas desplegadas por éstos en torno al fomento de la cultura. Sobre todo, posibilita el análisis del debate público que a escala nacional ha surgido en los últimos años en México, sobre las tareas que deben asumir los nuevos gobiernos en el contexto de la transición a la democracia —debate que se reproduce en los municipios y entidades federativas del país, pero poco abordado por los estudios culturales, urbanos y municipalistas.

\*Docente-investigador de la UACJ.

<sup>1</sup> Eduardo Nivón, "Política cultural en el DF ante el nuevo gobierno". *Revista mexicana de sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 2000.

Este autor, discípulo de Nestor García Canclini, es profesor de antropología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

<sup>2</sup> En el texto citado, el autor se propone exponer los múltiples significados que ha tenido la cultura en los dos últimos siglos, desde la Ilustración hasta el presente, así como descubrir sus relaciones con la naturaleza y la política. También aborda la cultura como esfera de los valores estéticos y como formas particulares de vida, preguntándose hasta donde son compatibles una y otra concepción de la cultura.

<sup>3</sup> Terry Eagleton, *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Paidós, España, 2001, p. 13.

<sup>4</sup> Alan Touraine, *¿Podremos vivir juntos?* FCE, México, 1997, p. 203.

<sup>5</sup> *Ibid.* (s.p).

<sup>6</sup> Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos*. Grijalbo, México, 1995, p. 105.

<sup>7</sup> Nivón, *art. cit.*, p. 194.

<sup>8</sup> No obstante lo acertado de esta apreciación, podría añadirse que el sector "microscópico" de la cultura es objeto de las políticas públicas al desagregarse la gran variedad de elementos que la constituyen. De este modo, aspectos como la salud, el comportamiento reproductivo y las prácticas electorales de la población, entre otros más, son susceptibles de abordarse por las políticas públicas reconociendo su dimensión cultural. Por ejemplo, en el caso del comportamiento reproductivo, no se puede decir que los programas oficiales orientados a disminuir la fecundidad no hayan contribuido a promover un cambio cultural.

<sup>9</sup> *Sociología y cultura*. Grijalbo/CONACULTA, México, 1990.

